
“METERSE EN POLÍTICA”. EXPERIENCIAS COTIDIANAS DE MUJERES EN COOPERATIVAS Y PROGRAMAS DE “INCLUSIÓN SOCIAL”

Florencia D. Pacífico¹

RESUMEN

Este trabajo tiene como objetivo reflexionar acerca de los modos en que se construyen definiciones en torno a “la política” entre mujeres que integran cooperativas de trabajo conformadas en el marco de un programa de “inclusión social”. Estas reflexiones forman parte de los avances del trabajo de campo realizado desde noviembre de 2014 con cooperativas de trabajo y agrupaciones políticas en dos distritos del conurbano bonaerense. A partir de reconstrucciones etnográficas se busca abordar un interrogante -qué es la política- que, al mismo tiempo que recorre el desarrollo de la disciplina antropológica, forma parte de las preocupaciones de mis interlocutoras en el campo. Se retoma una perspectiva analítica que conceptualiza a la política colectiva desde su transcurrir, atendiendo a su carácter contingente, fluido y parcial (Fernández Álvarez 2015b). Desde esta lente, se propone atender al modo en que aquello que es (o no) considerado político no se establece a partir de definiciones únicas y acabadas.

PALABRAS CLAVE: Política, etnografía, mujeres.

INTRODUCCIÓN

En este trabajo, me propongo poner en común avances de una investigación en curso orientada a analizar las experiencias cotidianas de mujeres de sectores populares en espacios de formación y trabajo impulsados por programas de “inclusión social”. Mi trabajo se enmarca en una investigación más amplia sobre dinámicas políticas de sectores subalternos y sus modos de relación con formas de gobierno.²

Desde noviembre de 2014 he estado realizando

observación participante acompañando las experiencias cotidianas de mujeres inscriptas en el Programa Ellas Hacen. Esta política, implementada a través del Ministerio de Desarrollo Social de la Nación (MDSN) fue lanzada en el año 2013 dirigida a mujeres desocupadas que perciban la Asignación Universal por Hijo³, priorizando a madres de “familias numerosas”⁴, con hijos/as discapacitados o que sufran violencia de género. Las “beneficiarias” del Programa conforman cooperativas de trabajo, reciben un ingreso monetario

¹ CONICET/SEANSO/ICA. FFyL, UBA. flor.pacifico@gmail.com

² Proyectos UBACYT “Etnografía de procesos de organización colectiva del trabajo en sectores subalternos: entre lógicas racionales, prácticas creativas y dinámicas políticas” y PIP “Estado, sectores subalternos y vida cotidiana. Etnografía de procesos políticos colectivos vinculados al trabajo, la tierra y la vivienda”. Ambos dirigidos por la Dra. María Inés Fernández Álvarez.

³ La AUH consiste en la transferencia mensual de un ingreso monetario según cantidad de menores a cargo. Está destinada a niños/as cuyos padres o madres estén desocupados/as, trabajen en la economía informal con ingresos iguales o inferiores al Salario Mínimo, sean monotributistas sociales, o beneficiarios/as de algún programa social. Para acceder a la totalidad del beneficio, se requiere la acreditación anual de la escolarización y los controles de salud de los/as menores. Diversos estudios han resaltado la presencia mayoritariamente femenina en su titularidad (Goren 2012; Arcidiacono *et al.* 2012; Grassi 2013).

⁴ Utilizo comillas para palabras y expresiones que corresponden a categorías sociales (Rockwel 2009).

mensual y asisten a capacitaciones y estudios formales.⁵

Los procesos de incorporación de mujeres en programas sociales han merecido el interés de distintos trabajos académicos. Por un lado, un conjunto de estudios analizó la forma en que las políticas consideran la “condición de mujer” como principal criterio para la selección de “beneficiarias” (Falquet 2003) poniendo de relieve su recurrente asociación al rol de madres y/o cuidadoras (Molyneux 2007; Zibecchi 2013; Anzorena 2013; Rodríguez Gusta 2013; De Sena 2014). Siguiendo estos estudios, esta construcción tiene implicancias en las condiciones de vida de las mujeres, ya que refuerza su vinculación con tareas de cuidado (Zibecchi 2013), desestimula su inserción laboral (Rodríguez Gusta 2013) y las sobrecarga de responsabilidades (Anzorena 2013; De Sena 2014). Otros trabajos han procurado recuperar los significados y prácticas de las consideradas “destinatarias” de los programas, destacando que éstos les permitieron la proyección de nuevas trayectorias formativas, el acceso a nuevos hábitos de consumo, el aumento de su autoconfianza e incluso que se animen a denunciar situaciones de violencia (Goren 2012). Desde un enfoque etnográfico, se ha contribuido a analizar cómo los contenidos de las políticas son mediados e interpretados en las interacciones cotidianas entre agentes estatales y “destinatarias”, destacando el modo en que el esencialismo a partir del cual ellas son interpeladas desde su rol de “madre” es puesto en tensión (Masson 2004) o disputado (Pozzio 2011). El abordaje etnográfico ha permitido abordar los modos en que las mujeres construyen formas de participación política, aún en el marco de la implementación de políticas que suponen identidades tradicionales de género (Russo 2009).

En este trabajo me propongo aportar a estas discusiones retomando esta potencialidad de la etnografía para analizar la relación entre mujeres de

sectores populares y políticas sociales. Se propone entonces desplazar el foco del diseño e implementación de las políticas, para pensar el modo en que los programas adquieren contenido en las vidas de las mujeres “destinatarias”. Específicamente, se abordarán los modos en que ellas construyen cotidianamente sentidos y prácticas en torno a lo que es considerado “político”. Desde el inicio de mi investigación, las definiciones acerca de lo que era (y no) político, aparecieron como relevantes para mis interlocutoras. Eran frecuentes los señalamientos acerca de que su ingreso al Programa no se había dado a partir de vínculos que ellas considerasen “políticos”, ni por su involucramiento en organizaciones sociales. Según reconstruyeron, se habían “anotado” en el Programa luego de escucharlo por algún conocido o recibir un volante por debajo de sus puertas.⁶

Retomo para mi análisis, una perspectiva que ha procurado discutir enfoques normativos sobre las relaciones entre Estado y sectores populares, atendiendo a las prácticas cotidianas de quienes participan en ellos (Grimberg, Fernández Álvarez y Carvalho Rosa 2009) y desarrollando un abordaje articulado de las acciones estatales y las prácticas de movilización social (Manzano 2007; Fernández Álvarez 2010). En esta línea, Fernández Álvarez ha propuesto trascender las miradas que oponen experiencias impulsadas por políticas estatales -vistas como “desde arriba”- a otras que corresponden a prácticas definidas como “de base” cuyo surgimiento suele ser entendido a partir de la búsqueda voluntaria de asociatividad de quienes las integran. La propuesta invita a reconstruir las formas concretas en que el Estado se encuentra con las poblaciones, específicamente cuando éstas no consisten en ciudadanos (individuales), sino como parte de organizaciones colectivas (Fernández

⁵ Estas capacitaciones incluyeron una gran variedad de talleres sobre distintas temáticas (prevención de adicciones, plomería e instalación de agua cooperativismo y trabajo grupal, seguridad en el hogar, promoción de la salud) (MINISTERIO DE DESARROLLO SOCIAL DE LA NACIÓN 2015).

⁶ Según funcionarias del MDSN con las que conversé, la selección de beneficiarias se realizó en dos etapas: una pre inscripción, en la que se tomaron datos y documentación de quienes solicitaran ingresar y una segunda etapa en la que, a partir de criterios de selección establecidos previamente, se definieron las beneficiarias, considerando a quienes se encontrasen en una situación de “mayor vulnerabilidad social”, teniendo en cuenta los casos de “violencia de género”, la cantidad de hijos, situación de salud, educación y habitacional.

Álvarez 2015a). Al discutir la dicotomía entre prácticas “desde arriba” y “desde abajo”, esta perspectiva se orienta hacia el desarrollo de un abordaje de las prácticas de política colectiva desde su transcurrir. Suspendiendo definiciones *a priori*, se propone capturar su carácter contingente, fluido y parcial conceptualizándolas como un “hacer juntos” que necesariamente se desarrolla dentro del límite de las relaciones de hegemonía (Fernández Álvarez 2015b). El trabajo de campo realizado hasta aquí me permitió entonces, comenzar a reflexionar acerca de cómo la “política” adquiere un contenido específico en las relaciones cotidianas, que conviene capturar en su transcurrir.

Este trabajo se estructura en dos apartados, introducción y reflexiones finales. En el primero, reconstruyo las experiencias cotidianas de un grupo de “beneficiarias” del Ellas Hacen en el distrito de Tres de Febrero, puntualizando en cómo las capacitaciones toman la forma de un momento de encuentro entre mujeres. En segundo lugar, recupero las prácticas cotidianas de Laura, presidenta de una cooperativa del distrito de Moreno, para iluminar el modo en que “la política” es vivenciada a partir de procesos afectivos diversos. En las reflexiones finales intentaré desarrollar algunos interrogantes que buscan aportar a pensar la forma en que se construyen los límites de esta categoría, evitando atribuirle un sentido y contenido unívoco.

“LO QUE A LAS CHICAS NO LES GUSTA ES LA POLÍTICA”

En Noviembre de 2014, conocí a Mariela⁷, la presidenta de una cooperativa del Ellas Hacen de Tres de Febrero. Ella destacó que el Programa le resultaba una “linda experiencia” porque la había puesto en relación con “otras chicas”. Me dijo que estar al tanto de las vidas de otras mujeres, sus problemas, escucharlas e intentar ayudar, le había “cambiado la cabeza”. Entre cafés y anécdotas, Mariela me hizo una advertencia: “Lo que a las chicas no les gusta es la política. No quieren saber nada. Nos pasó en el Fines, que todas las materias se iban para el lado de la política. Teníamos litera-

tura, se iba para el lado de la política. Historia, se iba para la política. Hasta matemática se iba para lo político... Entonces las chicas decían ‘¡Otra vez estamos hablando de política!’ ”.

Mariela me comentó que, además de finalizar sus estudios formales, las integrantes de la cooperativa asistían a capacitaciones en oficios y de reflexión temática. Semanalmente, asistían a unos talleres que llevaban el nombre de “Género y proyectos de país” y que consistían en encuentros semanales de dos horas, coordinados por un/a tallerista del MDSN, destinados a reflexionar acerca de temáticas vinculadas al Género, la Economía Social y la Comunicación. Luego de esa primera reunión con Mariela, comencé a asistir de forma regular a dichos talleres. Las mujeres solían referirse a esas capacitaciones como “la cooperativa”. Decían “Los jueves hay cooperativa” y, si se encontraban en la semana, se decían “nos vemos en la coope”.

A medida que fui avanzando con mi trabajo de campo, se puso de relieve la importancia de este espacio de formación como un momento de encuentro, en el cual se ponían en común experiencias, problemáticas, consejos. Este espacio de encuentro se prolongaba muchas veces por fuera del taller, tomando mates en alguna casa o simplemente “paseando” por el barrio y “haciendo tiempo” hasta que se hiciera la hora de retirar a sus hijos del colegio. Mi permanecer en el campo me permitió compartir algunos de estos momentos que sucedían por fuera del taller. Durante esos paseos y mientras tomábamos mates o las acompañaba a realizar trámites, comencé a participar de conversaciones en las que se compartían aspectos íntimos de sus vidas, muchas veces vinculados a las idas y vueltas de sus relaciones de pareja, situaciones de violencia o a conflictos con sus hijos/as. Me transmitieron preocupaciones, tristezas y alegrías y de forma recurrente, estos intercambios me llevaron a conocer con más profundidad las situaciones de violencia de género en sus vínculos de pareja. Era frecuente que las mujeres recurrieran a las casas de otras compañeras de su cooperativa cuando necesitaban irse de sus hogares.

Un día, Mónica, que tenía 36 años de edad y tres hijos, me dijo que “esperaba toda la semana” a que

⁷ Los nombres de mis interlocutores han sido modificados para preservar su identidad.

fuese jueves, el día en que “tenían cooperativa”. En los vínculos establecidos con sus compañeras, ella encontraba un momento de contención y despeje que había adquirido gran importancia para su vida. Las integrantes de la cooperativa resaltaban de forma recurrente que un aspecto relevante de su tránsito por el Programa, se vinculaba a las posibilidades de construir un diálogo y un momento de intercambio con otras mujeres, un espacio por fuera del ámbito doméstico desde dónde conversar aspectos de sus relaciones familiares, pedir y dar consejos, compartir miedos, deseos, proyecciones a futuro. Una serie de estudios ha analizado la participación de mujeres en experiencias de política colectiva, señalando el modo en que el involucramiento en espacios de intercambio con otras mujeres ha permitido que ellas compartan y discutan inquietudes comunes (Cross y Partenio 2011). Se ha señalado que estos intercambios constituyen “prácticas de encuentro” que promueven la visibilización de distintas formas de violencia, la resignificación de sus trayectorias y la puesta en palabras de problemas que aparecían confinados al ámbito privado (Partenio 2011). El desarrollo de estos espacios de intercambio fomenta la construcción de una solidaridad entre mujeres que puede socavar y poner en tensión a la ideología de la armonía y complementariedad entre hombres y mujeres, otorgándole al acto de hablar un lugar central en tanto disposición corporal (Espinosa 2013, 2015). Las integrantes de la cooperativa conversaban recurrentemente acerca de situaciones que acontecían “en sus casas”, intercambiaban consejos y se compartían los porvenires de las, a menudo conflictivas, relaciones con sus maridos. Durante ese tiempo compartido circulaban chismes, risas, anécdotas, se ponían en común temores y aprendizajes; se iban construyendo poco a poco, vínculos en los que era posible ir entretejiendo y comparando las propias historias. En sus relaciones cotidianas, ellas construían la posibilidad de conversar acerca de sus problemáticas y, a partir de esas charlas, percibir que no se trataba de asuntos aislados, vinculados únicamente al ámbito privado e individual. Si encontrar una resolución inmediata a las situaciones de violencia resultaba dificultoso, el acto de “hablar de los problemas”

iba abriendo camino a pensar dichas circunstancias como compartidas. La violencia empezaba a ser pensada como un problema común, un objeto de reflexión que podía abordarse colectivamente. La posibilidad de entablar un diálogo acerca de asuntos que eran *a priori* considerados personales o íntimos constituyó algo importante para las integrantes de la cooperativa. Se trataba de una posibilidad que no existía desde un comienzo, que era necesario crear y recrear en los vínculos cotidianos y que hacía existir a la cooperativa como algo relevante para el acontecer de sus vidas.

IRSE “METIENDO EN POLÍTICA”

En febrero de 2015 conocí a Laura, presidenta de una cooperativa conformada del Ellas Hacen de la zona norte del distrito de Moreno. Llegué a ella por medio de Marcos. Él era coordinador territorial del Programa y militaba en una agrupación política llamada “Comunidad Organizada”. La agrupación había sido formada hacía tan sólo unos meses y tanto Laura, como “otras presidentas” del Programa habían participado de su fundación. Laura compartió con entusiasmo sus pareceres acerca del Programa. Me comentó que a algunas de sus compañeras les había permitido invertir en emprendimientos comerciales o productivos, otras habían comenzado a ir a la peluquería y/o valorizaban la importancia de “hacerse un tiempo” para estudiar. Para Laura, el Programa había promovido su vinculación con actividades “políticas”. Comencé a acompañarla en distintas tareas cotidianas vinculadas tanto a su lugar como presidenta de una cooperativa del Programa Ellas Hacen como a su militancia política. Fui con ella a movilizaciones, festivales para los chicos del barrio, actos políticos, capacitaciones en el marco del Programa y reuniones con funcionarios estatales. Laura me abrió con generosidad las puertas de su casa, donde compartimos almuerzos y mates. A través de ella, conocí a otras mujeres que estaban en el Programa y supe que no era la única que había comenzado a vincularse a actividades de militancia. Si bien ellas no se encontraban vinculadas a agrupaciones políticas en el momento de su inscripción, su participación en el Programa las había motivado a “meterse” en política. Durante todo el 2014,

las presidentas de las cooperativas habían estado manteniendo reuniones semanales con Marcos. Él me había dicho que, de a poco, a las presidentas les había cambiado “la visión de la política”, dejaron de verla como una “mala palabra” y comenzaron a interesarse. “Esto que están haciendo acá, discutir, conversar, esto también es política”, les había dicho durante una reunión. Paulatinamente, algunas de las “beneficiarias” del Ellas Hacen se “metieron a militar”. Empezaron a asistir a jornadas de formación política, plenarios, reuniones, organizar festivales para los chicos/as del barrio, acompañar movilizaciones, reunirse con funcionarios, participaron en la creación de un “Frente de género” y se ocuparon de tareas vinculadas a las campañas electorales. Supe que otras mujeres inscriptas en el Programa habían formado una agrupación y estaban realizando junto a un concejal del Frente Para la Victoria talleres de prevención de violencia de género.

Era frecuente que ellas definan sus prácticas “en política” como un trabajo social, solidario, “algo por el bien común”. El análisis de Masson sobre la participación de mujeres en la política social en el marco del Plan Vida⁸, mostró el modo en que muchas veces lo femenino es asociado a esta capacidad de actuar de forma altruista, “dando sin recibir”. Siguiendo a la autora, el rol de las manzaneras era considerado desde el discurso oficial como una extensión natural de su función biológica de la reproducción. La reivindicación de sus prácticas como un trabajo desinteresado, coincidía con el desarrollo de una forma despolitizada de hacer política. Sin embargo, en la práctica, las interacciones concretas con vecinos y agentes políticos hacían aparecer otros contenidos que permiten discutir esta supuesta dicotomía entre los términos solidario y político (Masson 2004). Considerando estos aportes, mi trabajo de campo me ha permi-

tido comprobar la importancia de repensar esta oposición entre acciones altruistas o interesadas. En el caso que he venido analizando pude comprobar que esta idea de “meterse en política” como un “acto solidario” coincidía con una construcción, también recurrente, de que la militancia implicaba hacer “algo para sí mismas”. Un día estaba con Laura yendo a una movilización en un micro. Era feriado y ella me contó que su marido le reclamaba que le dedicaba mucho tiempo a sus actividades de la militancia: “¿Sabés que pasa Flor? Esta es la primera vez que hago algo para mí. Yo siempre me dediqué a mis hijos, a mi marido, nunca hice algo para mí y esto es mío”. Para Laura, sus nuevas actividades constituían entre otras cosas una oportunidad de “crecimiento personal”.

Las formas diversas en que ella reconstruía su involucramiento político me llevaban a menudo a considerar una variedad de aspectos que no necesariamente estaban en directa vinculación con lo que solemos considerar “político”. Por un lado, la importancia que ella le otorgaba a su militancia remitía a situaciones difíciles vividas anteriormente. Un tiempo antes de ingresar al Programa, ella había sufrido un golpe en la cabeza que le habían impedido realizar tareas en forma autónoma durante un tiempo. Comenzar a participar del Ellas Hacen, ejercer funciones como presidenta e involucrarse en las actividades de Comunidad Organizada, constituían para ella una forma en la que se materializaba la superación de esa situación traumática. Por otro lado, en una oportunidad, Laura me aseguró que en su decisión de comenzar a militar habían sido muy influyentes sus creencias religiosas evangelistas y la voluntad de responder a un lugar en el cual “dios la había puesto”. Los vínculos entre política y religión en la vida cotidiana de los sectores populares han sido abordados por estudios académicos que se detuvieron específicamente en el análisis de las relaciones entre pentecostalismo y peronismo (Semán 2013), resaltando los modos en que las personas hacen política a través de la religión y hacen religión a través de la política (Ferraudi Curto y Semán 2013). El análisis de Ferraudi Curto y Semán ha mostrado el modo en que la politicidad popular se construye singular e históricamente, “más acá” de idealizaciones o

⁸ El Plan Vida fue un programa estatal implementado en la provincia de Buenos Aires y creado en 1996. Consistió en el reparto de una ayuda alimentaria a madres y mujeres embarazadas que habitaban “barrios marginales” o vivían en “situación de pobreza”. La distribución de leche y alimentos fue llevada a cabo a través de una red de 36.000 mujeres voluntarias, a quienes se las llamó manzaneras (Masson 2004).

perspectivas dominantes acerca de la política. Retomando estos aportes, “meterse en política” constituía para Laura una determinación de importancia para su trayectoria, que no se sostenía de un solo lado ni respondía a una motivación unívoca. “Estar metida en política” no consistía únicamente en la voluntad de acompañar a un candidato, apoyar un partido político o crecer ella misma como referente barrial. En su forma de vivenciar la política entraban en juego aspectos personales como la voluntad de construir un “espacio propio”, las ganas de “contagiar” a sus compañeras, la creencia en que estaba cumpliendo con un mandato divino, el gusto que le daba “ayudar a otras mujeres” y, al estar activa y encarando diversos proyectos, ayudarse a sí misma. La política se tejía desde diversos lugares, se sostenía desde experiencias que podrían de antemano no considerarse “políticas”. Estas reflexiones me reenvían a considerar ciertos aportes que, desde la etnografía, invitaron a pensar las formas en que las personas se involucran en experiencias de política colectiva considerando la variedad de pasiones y afectos que se ponen en juego, no como factores motivacionales, sino como sentidos que se actualizan en las prácticas cotidianas (Fernández Álvarez 2016). Siguiendo a la autora, las acciones de las personas en política consisten muchas veces en prácticas que pueden resultar impensadas para sus propios actores, que no son necesariamente planificadas de antemano, ni responden a motivaciones individuales. Desplazándonos del interés por explicar por qué los actores sociales se involucran en política, la etnografía permite atender al hacer de las personas y, de esta manera, focalizar en las formas en que las personas se producen a sí mismas haciendo (Quirós 2011). Desde esta perspectiva, es preciso considerar que mediante el hacer política, se comprometen afectos, sensaciones, sentimientos y estados de ánimo. La cooperativa -y la política- eran para Laura esa amalgama de afectos, proyecciones, deseos y ganas de hacer cosas en la que la militancia ocupaba un lugar central, pero no exclusivo ni plausible de ser diferenciado como esfera autónoma. Su forma de darle sentido y desarrollar acciones vinculadas a “estar en política” se orientaba desde y hacia lugares diversos entre los que se incluían y entra-

maban sus creencias religiosas, sus relaciones de pareja, los vínculos entablados con funcionarios/as, la voluntad de “ayudar” a sus compañeras. Era desde estos afectos que ella hacía cotidianamente a la política en su vida.

REFLEXIONES FINALES

Comencé mi trabajo de campo interesada en conocer las prácticas cotidianas de mujeres en espacios de formación promovidos por un programa de “inclusión social”. Con el tiempo, mis interrogantes se fueron reorientando de un interés inicial basado en “el Programa” -las capacitaciones, reuniones, interacciones con funcionarios- hacia las vidas de las personas definidas como “beneficiarias” -sus vínculos familiares, trayectorias educativas y laborales, su involucramiento político-. Me pregunté por los modos en que las mujeres construían sus experiencias cotidianas en el Programa y percibí que un aspecto significativo en estas construcciones consistía en el modo en que las mujeres definían su relación con prácticas definidas como “políticas”. Una línea de indagación abierta a partir de este desplazamiento fue entonces el análisis de cómo se construyen cotidianamente los límites de esta categoría.

Para abordar este interrogante, retomo una propuesta analítica que conceptualiza a las prácticas de política colectiva como un “hacer juntos”, entendiéndolas como parte de un proyecto que se crea y negocia en el día a día, que no puede ser definido de antemano e involucra múltiples modos de ser, hacer y estar (Fernández Álvarez 2015b). Desde esta perspectiva, más que capturar un contenido unívoco de “lo político”, este trabajo busca aportar a pensar los modos dinámicos en que las personas crean y recrean sus posicionamientos en torno a dicha categoría.

Resulta pertinente recordar que la pregunta acerca de los límites de “lo político” ha sido central en el desarrollo de nuestra disciplina, cuyos aportes permitieron conceptualizarla como dimensión básica de la vida cotidiana (Vincent 2002; Joseph y Nugent 2002; Grimberg 2009), problematizando su percepción como campo separado (Gledhill 2000). Estudios etnográficos más recientes han retomado este interrogante, proponiendo tomar

distancia de los enfoques que separan entre acciones “por la supervivencia”, motivadas por cuestiones materiales y otras “reivindicativas” que buscan reconocimiento (Fernández Álvarez 2007, 2016). Siguiendo a la autora, esta contraposición establece una jerarquía que ubica el sentido político del lado de la luchas por el reconocimiento, desatendiendo el carácter político de las acciones “por la necesidad”. En una línea similar, Quirós ha llamado la atención acerca de la existencia de dos imágenes construidas desde la opinión pública y el campo académico en torno a la política de los sectores populares: la resistencia y el clientelismo. La autora destaca que ambas imágenes se construyen de forma relacional: si la resistencia constituye la cara positiva de la política, asociada al compromiso, la lucha y la transformación, el clientelismo expresa un supuesto costado negativo, vinculado al intercambio instrumental, la manipulación (Quiros 2011). Siguiendo este objetivo de discutir el par clientelismo/resistencia, el trabajo de Ferraudi Curto ha señalado el modo en que las organizaciones se imbrican en la vida de las personas que participan en ellas, mostrando un nudo denso donde se entraman (jerarquizada y conflictivamente) diferentes perspectivas prácticas (Ferraudi Curto 2011). La autora ha resaltado que en su investigación, las consideraciones en torno a la categoría “política” no eran sólo una inquietud académica, constituían un interrogante y preocupación clave para sus interlocutores en el campo, resultando relevante indagar sobre qué es política, evitando partir de definiciones modernocentristas.

Estos aportes me permitieron abordar las experiencias cotidianas de mis interlocutoras renunciando a definir las de antemano como políticas o no políticas. En el caso de mi trabajo de campo, las mujeres reflexionaban y se interrogaban cotidianamente acerca de cómo era su vínculo con lo que ellas consideraban “político”. Su ingreso al Programa, me decían, no había tenido motivos “políticos”. La política era algo en lo que podían “meterse”, era algo que interesaba o no interesaba. El inicio de mi vínculo en el campo estuvo marcado por dos formas diferentes en que mis interlocutoras definieron su posicionamiento en relación a este

asunto. Mariela, la presidenta de una cooperativa del distrito de Tres de Febrero me advirtió con énfasis cuando nos encontramos por primera vez que sus compañeras “no querían saber nada con la política”. Mi trabajo de campo estuvo permeado por esta advertencia de que lo que allí iba a encontrar no era político. En el día a día de la cooperativa, solían intercambiarse consejos y ayudas y era en el centro de esos vínculos donde muchas de ellas encontraban “un lugar de despeje” y un momento que se esperaba durante toda la semana. A veces, se transmitían en esos encuentros informaciones sobre trámites vinculados a Programas Sociales o se intercambiaban datos acerca de cómo efectuar denuncias ante situaciones de violencia en sus vínculos de pareja. En el distrito de Moreno, en cambio, la “política” ocupaba a primera vista un lugar bastante diferente. Allí conocí a Laura y sus formas diversas de reconstruir cómo era que ella se había “metido en política”. Distintas mujeres inscriptas en el Programa habían comenzado a incorporarse a actividades de militancia y formaban parte de agrupaciones “políticas”. La forma en que Laura y otras mujeres procesaban su relación con la militancia; me remitía a procesos afectivos que no siempre implicaban la concreción de planes previstos con antelación. La “política” era asumida como más cercana, sin por eso quedar restringida a sus espacios más formales o institucionales. Allí donde las personas asumían explícitamente estar “haciendo política”, este hacer no remitía sólo a acciones que formaban parte de lo que es convencionalmente definido como tal. La política se hacía entusiasmándose con un proyecto que era también un modo de vida. “Meterse en política” era construir un espacio considerado propio: “esto es mío”, había dicho Laura. Pero si era necesario crear un espacio para “la política” en las vivencias cotidianas, ese espacio no poseía bordes definidos, constantemente rebasaba sus límites. La política se entramaba con creencias religiosas, con reflexiones y formas de posicionarse al respecto de relaciones de pareja, implicaba tener “ganas de ayudar” y de ayudarse, proyectar horizontes laborales. En ambos espacios donde realicé mi trabajo de campo fue recurrente que se ponga de relieve la importancia de construir un momento de “despe-

je” o un “tiempo propio”. Las dos experiencias, que podrían *a priori* considerarse como contrapuestas si se toman los señalamientos acerca de su carácter político o no, acababan teniendo más puntos en común de lo que podría haber pensado en un principio. La forma en que las mujeres vivían su “estar en el Programa” y le daban sentido a sus prácticas me obligaba a poner el foco en algo que iba más allá de estas definiciones antagónicas. Los afectos, la diversión, el despeje se ponían en primer plano, reclamaban atención analítica. En más de una oportunidad, las mujeres destacaban como un aspecto significativo de sus experiencias dentro del Programa, el hecho de conocerse y entablar vínculos con otras mujeres. El intercambio, los momentos de encuentro con otras mujeres tenían muchas veces implicancias en las vidas cotidianas, permitían la proyección de nuevos horizontes laborales o constituían un espacio de contención para problemáticas difíciles de abordar. La participación en los espacios de capacitación y otras actividades promovidas por el Programa, adquiría una relevancia especial para las integrantes de las cooperativas que no podría analizarse únicamente definiendo a las experiencias como políticas o no. Más que intentar responder qué es lo político, como si fuera posible recortar sus límites, resulta productivo atender al modo en que esta pregunta se plantea en cada contexto etnográfico y el modo en que nuestros interlocutores construyen experiencias más amplias en torno a la categoría, involucrando afectos, deseos, creencias y vínculos diversos.

AGRADECIMIENTOS

A María Inés Fernández Álvarez por sus aportes y comentarios enriquecedores. A Ludmila Quiroga, por los intercambios durante las Jornadas y las sugerencias hechas a este artículo. A las mujeres de las cooperativas de Moreno y Tres de Febrero y a los integrantes de Comunidad Organizada que me permitieron compartir sus experiencias cotidianas y reflexiones.

BIBLIOGRAFÍA

ANZORENA, C.

2013. *Mujeres en la trama del Estado: Una lectura*

feminista de las políticas públicas. Mendoza, Ediunc.

ARCIDIACONO, P., L. PAUTASSI y STRASCHNOY, M.

2012. Asignación Universal por Hijo para la Protección Social de la Argentina. Entre la satisfacción de necesidades y el reconocimiento de derechos. *CEPAL* 184: 1-58.

CROSS, C. y F. PARTENIO

2011. ¿Cuál cambio social?: La articulación colectiva de experiencias de menosprecio y la conformación de un espacio de mujeres en un movimiento social. *Punto Género* 1: 187-209.

DE SENA, A.

2014. Las mujeres ¿protagonistas de los programas sociales? Breves aportes a la discusión sobre la feminización de las políticas sociales, en *Las políticas hechas cuerpo y lo social devenido emoción: lecturas sociológicas de las políticas sociales*, editado por De Sena, Ángela, pp. 99-126, Estudios Sociológicos Editora, Buenos Aires.

ESPINOSA, C.

2013. Malentendidos productivos: ‘Clivaje de género’ y feminismo en una organización de trabajadores desocupados de Argentina”, *La Ventana* 4(37): 289-323.

2015. Equivocándote aprendés. Dinámicas corporales, dinámicas ejemplares, en *Hacer juntos. Contornos, relieves y dinámicas de las prácticas políticas colectivas en sectores subalternos*, editado por Fernández Álvarez, M. I. Biblos, Buenos Aires.

FALQUET, J.

2003. Mujeres, feminismo y desarrollo: un análisis crítico de las políticas internacionales. *Desacatos* 11: 13-35.

FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M. I.

2007. En defensa de la fuente de trabajo: demandas y prácticas de movilización en una empresa recuperada de Buenos Aires. *AVA*.11: 63-86.

2010. La productividad en cuestión. La formación de cooperativas en el proceso de recuperación de empresas en la Ciudad de Buenos Aires. En *La producción del trabajo Asociativo: Condiciones, Experiencias y Prácticas en la Economía Social*, editado por Cecilia Cross y Matías Berger. CICCUS, Buenos Aires.
- 2015a. El lenguaje de la eficacia interpelado. Contribuciones antropológicas al campo de las políticas sobre trabajo asociativo. *Revista de la Escuela de Antropología XX*.
- 2015b. Introducción: El desafío de hacer juntos(as) En *Hacer juntos. Contornos, relieves y dinámicas de las prácticas políticas colectivas en sectores subalternos*. Biblos, Buenos Aires.
2016. *La política afectada. Experiencia, trabajo y vida cotidiana en Brukman recuperada*, ProHistoria, Rosario. En Prensa.
- FERRAUDI CURTO, M. C.
2011. (Des)encuentros en torno de los sentidos de la política: devolución de la tesis en una organización piquetera. *Nueva Antropología* 24: 111-134.
- GOREN, N.
2012. *Alivio a la pobreza, política social y relaciones de género. Un estudio sobre un programa de transferencia condicionada de ingresos*. Trabajo presentado en Congress of the Latin American Studies Association, San Francisco.
- GRASSI, E.
2013. El Sujeto de la Política Social. Obstáculos persistentes y condiciones necesarias para el ejercicio de los Derechos. *SER social* 16: 261-384.
- GRIMBERG, M.
2009. Poder, políticas y vida cotidiana, un estudio antropológico sobre protesta y resistencia social en el Área Metropolitana de Buenos Aires. *Revista de sociología política*, v. 17, N° 32: 83-94.
- GRIMBERG, M., M.I. FERNANDEZ ALVAREZ y M. CARVALHO ROSA
2009. *Estado y movimientos sociales: estudios etnográficos en Argentina y Brasil*. Antropofagia, Buenos Aires.
- JOSEPH, G. y D. NUGENT
2002. *Aspectos cotidianos de la formación del estado. La revolución y la negociación del mando en el México moderno*. Ediciones Era, México.
- MANZANO, V.
2007. Etnografía de la gestión colectiva de políticas estatales en organizaciones de desocupados de La Matanza- Gran Buenos Aires. *Runa* 28: 77-92.
- MASSON, L.
2004. *La política en femenino. Género y poder en la provincia de Buenos Aires*. Antropofagia, Buenos Aires.
- MINISTERIO DE DESARROLLO SOCIAL DE LA NACIÓN
2015. *Situación actualizada de titulares de la línea Ellas Hacen, perfil de los titulares y aspectos evaluativos al primer semestre 2015*. Disponible en: <http://www.desarrollosocial.gob.ar> [Consulta: 2015-11-18].
- MOLYNEUX, M.
2007. Change and Continuity in Social Protection in Latin America Mothers at the Service of the State? *Gender and Development Programme Paper* 1:1-60.
- PARTENIO, F.
2011. Género y participación política: los desafíos de la organización de las mujeres dentro de los movimientos piqueteros en Argentina”, en *Las deudas abiertas de América Latina*. CLACSO, Buenos Aires.
- POZZIO, M.
2011. *Madres, mujeres y amantes. Usos y sentidos de género en la gestión cotidiana de las políticas de salud*. Antropofagia, Buenos Aires.

QUIRÓS, J.

2011. *El porqué de los que van. Peronistas y piqueteros en el Gran Buenos Aires (una antropología de la política vivida)*. Antropofagia, Buenos Aires.

ROCKWELL, E.

2009. *La Experiencia Etnográfica. Historia y cultura en los procesos educativos*. Buenos Aires: Paidós, 222p.

RODRIGUEZ GUSTA, A. L.

2013. ¿Destinatarias emprendedoras o beneficiarias dependientes?: Segmentaciones discursivas en la implementación municipal de una política social en la Argentina. *Cuadernos de antropología social* 37: 139-169.

RUSSO, M.

2009. *Escenas de la vida cotidiana: relatos y experiencias de mujeres jefas de comedores*

populares. Ponencia presentada en la VII Reunión de Antropología del Mercosur.

SEMÁN, P. y M.C. FERRAUDI CURTO

2013. La politicidad de los sectores populares desde la etnografía: ¿más acá del dualismo? *Laboratorio* 25: 151-165.

SEMAN, P.

2013. Pentecostalismo, política, elecciones y poder social. *Cultura y Religión* Vol. VII, N° 1: 60-81.

VINCENT, J.

2002. *The anthropology of politics. A reader in ethnography, theory and critique*. Blackwell.

ZIBECCHI, C.

2013. *Trayectorias Asistidas Un abordaje de los programas sociales en Argentina desde el enfoque de género*. Eudeba, Buenos Aires.